

RICHARD
NORTH PATTERSON

ECLIPSE

rocaeditorial ● thriller

La lucha de un abogado por defender los derechos de un pueblo africano oprimido por un brutal dictador y una compañía petrolera sin escrúpulos.

Eclipse



Eclipse

Richard North Patterson

Traducción de Ana Herrera

Rocaeditorial

Título original inglés: *Eclipse*
Copyright © 2009 by Richard North Patterson

Primera edición: marzo de 2010

© de la traducción: Ana Herrera
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona.
info@rocabolsillo.com
www.rocabolsillo.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-058-8
Depósito legal: M. 2.231-2010

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Nancy

Prólogo

La luz del diablo

En un poblado de África occidental, Marissa Brand Okari contempló a su marido disponerse a arriesgar su vida por el solo hecho de hablar en público.

Era de noche. Cientos de personas, viejas y jóvenes, se encontraban reunidas en el centro del pueblo, con los rostros iluminados, menos por la luz de la luna que por la enorme llama anaranjada que surgía del tubo vertical que sobresalía de una tubería de petróleo. Como una antorcha, el tubo iluminaba por detrás la fila de palmeras que bordeaban el pueblo, su espeso residuo de humo ennegrecía el aire, y su constante rugido era una ominosa presencia. Cada día de la vida de cualquier habitante menor de treinta años de aquel pueblo se había producido sin cesar aquella terrible erupción (la llamarada del gas del petróleo extraído por PetroGlobal Luandia de debajo de la arcilla rojo oscuro), se había oído aquel rugido incesante y había notado el calor nocivo, venenoso, que desnudaba los árboles, mataba las aves y los animales, que convertía la lluvia en ácido y que corroía los tejados de paja que protegían las casitas de la gente.

La «luz del diablo», la llamaba Bobby Okari. Ahora su gente, los asaris, le llevaban en hombros hasta una plataforma toscamente labrada situada en el centro del pueblo, más allá de la escuela al aire libre, cuyos cuatro postes sujetaban un dosel de madera y hojas de palma; de la blanca iglesia pentecostal de madera, donde los bulliciosos celebrantes cantaban y rezaban cada domingo por la mañana; del mercado, ahora oscuro, al ser de noche, donde las mujeres vendían un pescado y una fruta cada vez más escasos, legado de los residuos del petróleo que ensuciaban los océanos, los arroyos y la tierra cultivable.

Ante los ojos ansiosos de Marissa su marido parecía eufó-

rico, como si la escena festiva representativa del Día Asari, expresión anual del patrimonio y la armonía asaris, no llevara en sí un trasfondo de temor. Los jóvenes que rodeaban asu marido, el núcleo fundamental de sus seguidores, le levantaban bien alto, con su resplandeciente camisa africana color burdeos, las gafas de leer colgadas de una cadenita dorada en torno al cuello. Aquel Día Asari, como siempre, la gente del pueblo se había reunido allí al amanecer para asistir a los cánticos, al toque de tambores y al baile en grupo de chicas y mujeres con coloridos trajes, y su celebración vibró desde la mañana a la noche. Pero aquel Día Asari era distinto: atendiendo a la petición de Bobby Okari, había acudido gente de todos los pueblos de Asarilandia (trescientos mil asaris en total) para protestar por la devastación causada por la asociación entre PetroGlobal Luandia y el régimen del general Savior Karama, que, según la frase cáustica de Bobby, «mata y perfora a todas horas».

10 Aquel lugar, Goro, era el pueblo natal de Bobby. Su padre, Femi Okari, era su jefe; a pesar de que la fama de Bobby como novelista y luego como portavoz de su pueblo le había llevado a muchos lugares, todavía tenía una casa allí, para mantener sus raíces tribales. Aquel día, Bobby y Marissa habían llegado a Goro desde el complejo donde vivían en Port George, y sus seguidores cantaban, recitaban o golpeaban sus tambores de piel de oveja para anunciar su llegada. Ahora, mientras los jóvenes le aupaban encima de la plataforma, la multitud se apelotonaba hacia delante para oírle. Algunos hombres iban con camisa y pantalón; otros, sobre todo los más ancianos, con el gorro redondo tradicional y largas túnicas; las mujeres lucían tocados, pendientes y cuentas que resaltaban sobre sus vestidos de vivos colores, con una sola vuelta alrededor del cuerpo y con dos vueltas las matronas. Marissa, tal y como resultaba apropiado para una matrona de treinta y seis años, a pesar de su cuerpo esbelto y su piel sin arrugas, llevaba un vestido con dos vueltas, a diferencia de Omo, la jovencita de quince años que iba de su mano y cuyos bellos ojos brillaban llenos de adoración por Bobby Okari.

—*Madame* —dijo Omo, sencillamente—, su marido es un gran hombre.

Mirando el rostro de la jovencita, tan inocente aún, Marissa intentó sofocar la sensación de peligro que había notado

ya desde que a Bobby se le ocurrió todo aquello, la primera protesta masiva de la historia de Asarilandia. La sustituyó un asombro fugaz por las decisiones que la habían llevado a ella, una norteamericana de raza mestiza, a aquella vida y junto a aquel hombre, a aquel país asombroso y profundamente maldito, y al lado de los asaris, sólo medio millón de personas entre los ciento cincuenta grupos étnicos de Luandia y sus doscientos cincuenta millones de ciudadanos, cuya perversa bendición consistía en que bajo sus tierras se encontraban las reservas de petróleo más ricas de una de las regiones con más petróleo de todo el mundo, el delta de Luandia. Hasta la aparición de Bobby Okari, los asaris habían sufrido en silencio, despojados de corazón y de esperanza. Pero ahora Bobby, mediante su elocuencia y su trabajo incesante, había forjado un movimiento de base, ofreciendo a los jóvenes inquietos una visión más allá de los grupos armados de milicias que se escondían en las marismas y los caños que convertían el delta en un laberinto imposible de seguir. La fuerza de Bobby (o su ceguera) había conseguido que el movimiento que fundó a partir de la nada superase su miedo a una autocracia cuyo líder, el general Karama, hacía que todos aquellos que le disgustaban muriesen o desapareciesen.

11

—Los asaris —respondió Marissa a Omo, en voz baja— son un pueblo valiente.

Bobby levantó una mano pidiendo silencio. Marissa observó a la multitud y vio al padre de Bobby, el jefe Femi Okari, con el rostro serio bajo el sombrero de ala ancha, los ojos entrecerrados, llenos de desaprobación y resentimiento. Pero parecía una isla en sí mismo, solo entre la admiración colectiva hacia su hijo, orgullo de los asaris. Cuando los gritos que animaban a Bobby fueron convirtiéndose en un hondo silencio, su marido se enderezó, y su silueta delgada irradió una energía que envolvía su cuerpo orgulloso y le hacía parecer mucho más alto de lo que era, mucho menos vulnerable que el hombre lleno de defectos y problemas a quien Marissa conocía muy bien. Cuando empezó a hablar, hasta su voz, profunda, aunque cadenciosa, ocultó todo asomo de fragilidad.

—*Haah Ama* —empezó a decir en asari. Luego tradujo la frase al inglés, lengua colonial de Luandia—: Comunidad, te saludo.

Las voces de hombres y mujeres respondieron con gritos de diversos timbres. Luego Bobby se volvió y señaló la llama gigante que iluminaba la oscuridad tras él.

—Esto —exclamó— es el hijo bastardo de una compañía petrolera rapaz y de una autocracia corrupta y brutal. Juntos, PetroGlobal Luandia y el régimen de Karama han contaminado nuestras aguas, han matado a nuestros peces, han despojado nuestras tierras. Ahora se están llevando todo lo que quedaba..., el petróleo que tenemos bajo nuestros pies.

—¡Sí! —exclamó un coro de voces.

La voz de Bobby se alzó por encima de la algarabía.

—Durante años hemos sufrido. Pero ahora al fin exigimos el final de su tiranía. Insistimos en tener nuestra cuota legítima de dinero para escuelas, carreteras, clínicas, agua limpia para beber. Las propias Naciones Unidas han reconocido nuestra opresión. Y sin embargo, el Gobierno y la PGL fingen ser sordos y mudos.

12 »Cuando les envié el Manifiesto Asari, hace cinco meses, en el que exigíamos nuestros derechos, no nos respondieron. —La profunda voz de Bobby adoptó un tono lento, sombrío—. Y hace seis semanas, cuando la gente de Lana se reunió para protestar por un vertido de petróleo, nuestro Gobierno envió al coronel Okimbo y a sus soldados al lugar y asesinaron a ochenta y dos asaris de ambos sexos, de todas las edades; violaron a mujeres y a niñas, amputaron los miembros de hombres y niños y quemaron su pueblo hasta los cimientos.

Marissa conocía demasiado bien todas aquellas historias. También la gente del pueblo: los murmullos de sus voces cesaron hasta quedar en silencio, y el único sonido que quedó entonces fue el rugido del petróleo ardiente. A la luz de la gigante llama naranja, una sombra cruzó ante el rostro de Omo que se agarró aún más fuerte a la mano de Marissa.

—Esta noche —dijo Bobby, con el mismo tono bajo—, estamos reunidos en gran número, somos trescientos mil, y pedimos el fin de esta explotación en todos los pueblos de Asari-landia. Hasta para el general Karama son demasiados pueblos para arrasar, demasiada gente que matar.

Gritos de aprobación surgieron de los asaris. Pero la voz de Marissa se congeló en su garganta: en Luandia las palabras de su marido significaban alta traición, y seguramente en al-

gún lugar entre sus oyentes se encontraba un agente de los servicios de seguridad del Estado, armado con una grabadora.

El rostro de Bobby brillaba de sudor.

—Y sin embargo, el Gobierno y la PGL todavía siguen cometiendo genocidio contra el pueblo asari. Ya no podemos cultivar la tierra, ni pescar, ni beber agua... Eso es genocidio. Mueren más asaris de los que nacen, y aquellos que sobreviven a la primera infancia no pueden encontrar trabajo... Eso es genocidio. Nos vemos atacados por las enfermedades, pero no tenemos electricidad para los hospitales... Eso es genocidio.

»Eso es lo que ha hecho el petróleo a los asaris, el mismo petróleo que hace funcionar las fábricas, que calienta los hogares y que llena los depósitos de gasolina de los norteamericanos, de los europeos y de nuestros nuevos explotadores, los chinos. —Bobby miró hacia la multitud, desplazando su mirada de un lado a otro, como para sellar su unión—. En Luandía, el petróleo ennegrece todo lo que toca. Ensucia las manos de la clase dominante, que malversa sus beneficios. Mancha las ambiciones de los jóvenes, que, en su desesperación, cogen un arma, sabotean una tubería, secuestran a un extranjero para quitarle su ridícula cuota de riquezas. Eso no hace más que elevar a los poderosos y ahogar a los débiles. Y degrada el carácter de nuestro pueblo, desata la codicia, la envidia, la deshonestidad y la corrupción. El petróleo es sucio..., como sucio era el comercio de esclavos y los cobardes luandeses que ayudaron a los británicos a vender a nuestros antepasados.

—¡Vergüenza! —gritó un hombre.

—Sí —respondió Bobby—. Pero ahora no se trata de algún gobernador colonial que nos domina. Es un luandés quien ha suspendido nuestra constitución, ha prohibido nuestros partidos políticos, ha encarcelado a nuestros líderes y ha clausurado nuestros periódicos. La Policía de Karama extorsiona a los inocentes; sus prisioneros se pudren durante años sin juicio; sus jueces aceptan sobornos antes de pronunciar las sentencias. Y él usa los petrodólares para sobornar a generales, burócratas, gobernadores y jefes que le ayudan a mantener su poder, para así desviar mejor los miles de millones que nos roba y gastarlos en aviones norteamericanos, coches deportivos italianos y cuentas corrientes en Suiza.

«No», pensó Marissa..., no porque no estuviera escu-

chando la verdad, sino por temor a las consecuencias. Durante un momento cerró los ojos, escuchando de forma instintiva por ver si captaba sonidos extraños, quizás una lancha motora que atracase en la playa cercana, como primera advertencia de una invasión. A través del rugido de las llamas oyó un zumbido débil, pero familiar.

—Eso no puede ser —estaba diciendo Bobby—. El pueblo no está hecho para los Estados..., los Estados están hechos para el pueblo.

Marissa abrió los ojos. Del cielo que había tras su marido llegó un relámpago de luz, emborronado por el resplandor anaranjado de la llama. Luego, el sonido que había oído se mezcló con la silueta de un helicóptero, que planeaba por encima de las palmeras con un golpeteo arrítmico, apuntando con su foco a los habitantes del pueblo, cuyas cabezas dejaron de mirar a Bobby y se volvieron hacia arriba, hacia el oscuro pájaro mecánico. Marissa entrevió un círculo blanco pintado en un costado que enmarcaba las letras grandes y negras PGL.

14 En el estrado, Bobby miró al helicóptero y luego a su gente, su conexión con él rota por el miedo que se reflejaba en sus rostros. En parte, Marissa deseó que Bobby los enviase a casa.

Sin embargo, su voz se elevó por encima del sonido de las aspas que removían el aire. Señaló hacia el intruso:

—¡La PGL también es nuestra opresora! —exclamó—. Desterró la paz de nuestra tierra el día que montó su primera tubería, sin dejar que nada se interpusiera en su camino..., ni árboles, ni granjas, ni ríos, ni siquiera animales u hombres.

Igual que los demás, según vio Marissa, Femi Okari miraba al helicóptero y luego a Bobby.

—¿Por qué? —gritó Bobby—. Porque somos africanos. PetroGlobal no expolia la tierra en Estados Unidos ni en Europa..., sólo en Luandia. Y ahora nos hemos convertido en peones suyos en una competición implacable entre superpotencias a las que espanta que los terroristas les corten el flujo de petróleo desde Oriente Medio, su alimento vital...

Como si le respondiera, el helicóptero se quedó suspendido justo por encima del estrado, ahogando con sus aspas la voz de Bobby, y apuntándole con la luz de su foco como una figura solitaria de una representación de la Pasión. Siguiendo el rayo de luz hacia arriba, Marissa vio la cara gruesa de un hombre rubio

que miraba hacia abajo desde el helicóptero, a Bobby Okari. Y luego, con una tranquilidad que hacía su partida tan ominosa como su presencia, el helicóptero se alejó volando hasta que sólo quedó una sombra, que se desvaneció en la penumbra de un cielo iluminado.

Sólo entonces volvió a hablar Bobby, con una voz suave, pero aun así vibrante.

—Esta noche pedimos a aquellos cuyas vidas dependen del petróleo que respeten «nuestras» vidas y «nuestras» tierras. Que Estados Unidos, sede de PetroGlobal Oil, requiera a su subsidiaria PGL para que cumpla los derechos humanos que dice defender, y que abra sus tribunales a nuestras reclamaciones en contra de la empresa. Que la PGL renuncie a su pacto con el general Karama y su maquinaria de muerte, y muestre sus libros, para que veamos cuánto nos ha robado nuestro Gobierno. Que el régimen de Karama nos garantice el derecho a ocuparnos de nuestros propios asuntos, y unas elecciones libres en las que nuestros votos sean contados y no quemados.

Con cada petición, la multitud parecía más inspirada, y sus gritos eran más fuertes y sostenidos.

—El pueblo de Lana —continuaba Bobby— pidió todas esas cosas, y murieron por ello. Así que ahora le digo esto a Karama.

»Esta noche, en toda Asarilandia, las mujeres asaris están bloqueando las carreteras a las instalaciones petroleras de la PGL. Y hace unos pocos momentos, hombres asaris en sus botes tomaron la plataforma petrolera de alta mar que estropea la serenidad de nuestras aguas de pesca. —Con la voz y los gestos de un profeta, Bobby señaló hacia las cabezas de sus oyentes—. Mirad, y veréis.

Al volverse, igual que los demás, Marissa miró hacia la boca del brazo de río que corría junto al pueblo hacia el océano, y vio parpadeos de linternas en la plataforma petrolera; parecían suspendidas encima de las aguas oscuras. Sólo entonces comprendió lo atrevido que había sido su marido. Cuando Bobby habló de nuevo, los asaris se volvieron hacia él, maravillados.

—Ha llegado el momento —les dijo— de que el general Karama nos ayude a construir la Asarilandia de nuestras esperanzas.

»Sabemos que puede hacerlo. En cuatro años ha construido

una nueva capital partiendo de cero, y le ha puesto su propio nombre a esa creación refulgente. —Los labios de Bobby formaron una sonrisa amplia pero irónica—. De modo que le prometemos que todas las carreteras, escuelas y hospitales llevarán su nombre. Lo haremos por él, ¿verdad?

Entre los vítores y las risas, alguien exclamó:

—¡Sí!

—Así debe ser —respondió Bobby, con voz fuerte de nuevo—. Porque éste se ha convertido en un país peligroso. Demasiados de nuestros jóvenes, privados de futuro, beben ginebra y fuman hierba de la mañana a la noche. Demasiados han cogido las armas y se han desvanecido en escondites entre los brazos del delta, y se han matado unos a otros por el derecho a vivir como criminales. Si Karama no cede, nos sumiremos en una infinita oscuridad de corrupción, criminalidad y represalias, y condenaremos a los que sobrevivan a un infierno permanente. Y entre las cosas que no sobrevivirán estará la PGL...

—¡Matadlos a todos! —gritó un joven.

16

Mirando hacia la multitud, Marissa lo distinguió, un joven mucho más alto que la mayoría, que no se había alistado aún en la milicia, según decían los rumores, sólo por la atracción que sentía por Omo. Mirando a la chica que le acompañaba, Marissa vio que ella bajaba los ojos, llenos de duda y preocupación.

—No —respondió Bobby—. Actuar con violencia no conseguirá más que traer a nuestra puerta represalias más terribles aún que las que vimos en Lana. No quiero que se derrame más sangre en Asarilandia.

La incertidumbre se reflejó en el rostro del joven; aunque algunos asintieron, aprobadoramente, otros mostraron unas expresiones mucho más ceñudas y opacas. Como para tranquilizarlos, Bobby continuó:

—Pero al Gobierno le queda poco tiempo. Cada día nuestra paciencia se desgasta más, y nuestra juventud se escapa de nuestra capacidad de contenerla. Karama y la PGL deben hacernos justicia ahora; si no, no habrá paz para los poderosos, y la PGL será expulsada de Asarilandia.

—¡Que se joda la PGL! —exclamó una voz, y luego un grupito de jóvenes que se encontraba junto a Marissa iniciaron una salmodia irregular:

—¡PGL, al Infierno; PGL, al Infierno...!

Bobby levantó una mano, con el rostro impasible hasta que, al fin, se hizo el silencio.

—Vayamos a unirnos con nuestros hermanos y hermanas —les dijo—, y roguemos por las almas de nuestros muertos.

Tal como lo había concebido Bobby, el acontecimiento más importante sería un mitin con manifestantes de un pueblo vecino en un lugar donde recientemente se había vertido petróleo, que al incendiarse había incinerado a hombres y mujeres de los dos pueblos que habían acudido a recoger petróleo. Aquella noche, los reunidos allí se unirían con los otros para el homenaje. Pero faltaría al menos uno de los habitantes del pueblo: el jefe Femi Okari, según observó Marissa, había mirado hacia el agua, las linternas que parpadeaban en la plataforma petrolera, y luego, meneando la cabeza, había regresado a su casa.

Con Bobby y Marissa a la cabeza, la gente de Goro se reunió en el lugar donde empezaba la carretera, muchos con encendedores en alto. A medida que empezaba la marcha, la gente del pueblo empezó a cantar su himno: «Ten orgullo, pueblo asari, ten orgullo».

Un poco por delante de la manifestación, Marissa interrogó a Bobby, detrás del coro:

—Mujeres bloqueando carreteras, hombres que toman la plataforma... ¿Lo ha aprobado tu consejo?

—¿Quieres decir que es peligroso?

Había cierto tono de desafío en su voz.

—Eso ya lo sé —respondió Marissa, tranquila—. Y los otros también.

—¿Dudas de mí?

—Sólo cuando debo. ¿Qué ha dicho Atiku?

Bobby no la miró.

—Atiku está recogiendo apoyos en Inglaterra —respondió, con voz cansada—. Nuestros jóvenes necesitan de nosotros algo más que palabras, o si no, muchos se apartarán.

A pesar de sus recelos, Marissa notaba que él había tomado su decisión frente a la resistencia de sus lugartenientes, y le resultó doloroso pensar cómo podía acabar aquello. Le cogió de la mano y le preguntó:

—¿Lo de hoy es todo lo que esperabas?

Bobby sonrió levemente.

—¿Ves lo ansiosos que están, la felicidad que se dibuja en sus caras? Por un día están libres de docilidad y temor. —Hizo una pausa y luego acabó en voz baja—: Aunque muriese hoy, Marissa, moriría como un hombre feliz.

Su tono débilmente otoñal le recordó a Marissa los cabellos grises que había empezado a ver en su pelo, las arrugas más profundas en su rostro, que delataban no sólo que él era mayor que ella, sino que sufría de un agotamiento que intentaba ocultar a los demás. Le apretó la mano con más fuerza.

Durante un par de kilómetros caminaron a la cabeza de los asaris por una carretera de tierra abierta por los peones de la PGL entre manglares y palmeras, con el resplandor naranja del gas iluminando su camino. Luego, Bobby se detuvo de pronto.

Marissa siguió su mirada. En una bifurcación de la carretera, ante ellos, tres siluetas colgaban de las gruesas ramas de un árbol, como espectros iluminados por la luz del diablo.

18 Volviéndose, Bobby levantó la mano. Los manifestantes se quedaron inmóviles, y sólo lanzaron gritos de conmoción los que vieron lo que Bobby había visto.

—Espera aquí —le dijo a Marissa.

Pero ella no le hizo caso. Juntos avanzaron hacia el árbol y se detuvieron sólo cuando vieron que las tres sombras se convertían en cadáveres. Cuando Bobby usó el encendedor que llevaba, Marissa vio que el estrangulamiento había retorcido sus caras y había inyectado de sangre sus ojos. Todos eran luandeses; todos ellos llevaban camisas vaqueras con las letras PGL.

Con el estómago revuelto, Marissa se volvió hacia Bobby. Las lágrimas brillaban en sus ojos.

—¿Qué nos va a pasar ahora? —murmuró.

Un leve movimiento entre las palmeras, detrás de los cadáveres, hizo estremecer a Marissa. Emergió la figura de un hombre alto, seguido por otros tres tipos. Cuando los hombres avanzaron hacia la luz, Marissa reconoció el familiar uniforme de los soldados luandeses, y vio la cara de su líder.

Al instante notó que retrocedía: aunque sólo lo conocía por el parche que llevaba ante el ojo derecho, la reputación del coronel Paul Okimbo era de asesino de masas, un violador y, se-

gún susurraban los supervivientes de Lana, un loco. Okimbo llevaba el parche en el ojo, según decían, para ocultar un leucoma, y, curiosamente, también para recordar al general israelí Moshe Dayan. Se detuvo junto a los cuerpos colgados y paseó su único ojo destapado por Bobby y por Marissa, dejando que su mirada se entretuviera.

—Esto es obra tuya, Bobby Okari —dijo.

—No —respondió Bobby—. No es mía, no es nuestra.

Okimbo soltó una carcajada seca.

—Eso es lo que tú dices. Pero pronto te enfrentarás a la justicia de Savior Karama.

Marissa vio que Bobby se esforzaba con toda su voluntad para resistir la mirada de Okimbo. Un brote de rabia rompió la impasibilidad del coronel.

—A menos que los asaris se retiren de inmediato —exclamó—, habrá consecuencias. Algunos morirán.

Marissa vio el brillo del sudor en el rostro de Bobby. Con palpable reticencia, éste dijo:

—Como digas. Pero esto no acaba aquí.

—De eso puedes estar seguro —respondió Okimbo, con una breve sonrisa—. Conozco doscientas maneras de matar a un hombre, y a más de doscientos hombres que merecen morir.

El silencio que siguió sofocó a Marissa. Involuntariamente, al parecer, Bobby miraba a Okimbo y luego a los cadáveres, que pendían con fantasmal quietud en el denso aire nocturno.

Viéndolo, Okimbo colocó su mano en la espalda del cuerpo que tenía más cerca y lo empujó hacia Bobby como un niño empujaría un columpio. Mientras el hombre muerto se balanceaba suavemente entre ellos, el coronel dijo en voz baja:

—La horca será perfecta para ti.

Primera parte

El oscurecimiento del sol

*E*l día antes de que su divorcio fuese definitivo, Damon Pierce envió un correo electrónico a una amiga a la que quería mucho, aquella que había elegido a otro hombre y otra vida.

Pierce estaba solo en Sea Ranch, el último fin de semana antes de que su casa se convirtiera en la casa de Amy, contemplando la quebrada línea costera de California y lo que le había deparado su propia vida. Era por la tarde y el sol que se ponía lentamente sobre el Pacífico de color azul cobalto era tan brillante que Pierce tuvo que entrecerrar los ojos ante la pantalla. A pesar de todo, buscó las palabras con mucho cuidado: la había conocido en un curso de escritura creativa y sus mensajes aún intentaban reflejar los acontecimientos de una forma que el otro pudiese apreciar, y hacían un bien intencionado esfuerzo por superarse. Era un placer que Amy, mucho menos literaria y romántica, no había comprendido nunca, y todavía apreciaba menos que aquella compleja mezcla de admiración y atracción tan recordada, que sobrevivía al tiempo y la distancia, se hubiera convertido en un espejo de su matrimonio.

Su correo electrónico reflejaba su estado de ánimo, el estilo irónico y, sin embargo, sobrio de un hombre en el punto álgido de su madurez, socio de una enorme firma con mil quinientos abogados, atrapado entre un deseo profesional de hacer el bien, cada vez más frustrado, y la valoración de la buena comida, el buen vino y unos viajes con los que ni siquiera soñó en su infancia, de un niño de clase baja. Entre las especialidades de Pierce se encontraban los litigios internacionales complejos, en los que gozaba de una considerable reputación. Como le había contado a su corresponsal hacía unos años, «no todo el mundo

ha encarcelado de por vida al presidente asesino de un antiguo Estado balcánico».

Quizás esa experiencia como acusador en juicios de casos de crímenes de guerra, la más clara expresión de su idealismo todavía latente, explicaba su admiración por el compromiso de ella hacia los demás, las difíciles elecciones que había hecho. Pero desde aquel trabajo en Kosovo habían pasado muchos años. Para Pierce, el principal resultado de aquel crimen eran los cientos de hombres, mujeres y niños muertos (víctimas del acusado) sobre los cuales se había centrado demasiado tarde la atención del mundo, y cuyas imágenes todavía acudían a él en sueños.

24

Desde que volví al bufete —escribía ahora—, mi trabajo ha sido más o menos como tú predecías. Mis principales clientes son banqueros de inversiones y titanes de los negocios de reputación dudosa que se enfrenta a una temporada en prisión por ambiciones que exceden a la ley. Algunos me han parecido casi trágicos; otros, odiosos. Unos cuantos incluso eran inocentes. Muchos de ellos me gustan..., pero ahora lo que me preocupa soy yo mismo. A menudo recuerdo lo que decía Charlie Hale, mi mejor amigo en la empresa, después de nuestra primera semana como empleados: «Damon, amigo mío, a nosotros dos nos irá bien aquí. Dentro de diez años seremos socios; dentro de veinte, tendremos más dinero que tiempo; dentro de cuarenta, recordaremos nuestras carreras. Y después... —acababa con una mueca sardónica— sólo quedará por hacer un gran movimiento».

Sin embargo, Charlie tiene una buena esposa y tres hijas de ojos chispeantes a las que adora. Por mi parte, tengo un apartamento con vistas al Golden Gate, y el suficiente dinero en efectivo para permitirme unos placeres que tú considerarías superfluos. Pero recuerda que cuando nos conocimos estaba agobiado por los préstamos estudiantiles; comparada conmigo, tú habías nacido para tener una conciencia inquieta y para actuar al respecto. Aun así, me cuestiono cada vez que te imagino preguntándome: «¿Tiene sentido esa vida?». Entonces imagino la cinta transportadora de la vida que me encamina directo hacia una muerte prematura, desplomado en mi escritorio un fin de semana cualquiera con exceso de tra-

bajo por causas no demasiado buenas. Quizá por eso paso tanto tiempo en el gimnasio.

Pierce hizo una pausa. Si se hiciera un inventario externo, se le podría considerar afortunado: estaba mucho más en forma que cuando se vieron por última vez, y los doce años transcurridos desde entonces le habían otorgado a su rostro una gran agudeza, sin menguar ni encanecer su mata de pelo oscuro; el Damon Pierce de los tribunales era todavía una presencia, muy dominante, delgado, esbelto, ágil de lengua y de mente.

Sin embargo, mi carrera prospera cada año que pasa. Y me preparo para el Día del Juicio dando asesoramiento gratuito en casos internacionales de derechos humanos, un débil eco de mi época en La Haya.

En cuanto a mis antiguas ambiciones literarias, lo único que escribo en realidad es para ti. Lo que me lleva, supongo, a Amy.

Nos estamos divorciando. En realidad, no es culpa suya. Lo peor que puedo decir es que Amy nunca se cuestiona su vida. Si su cliente es un sinvergüenza, pues así es. Mi tendencia a considerar el sentido de todas las cosas le parece una pérdida de tiempo.

¿Por qué nos casamos? Para empezar, Amy es muy guapa, con el pelo rubio rojizo, tan alta y elegante que parece más una bailarina que una abogada. Y también es muy inteligente..., inteligencia y belleza, como recordarás, tienden a llamar mi atención. Amy es la persona más dueña de sí misma que conozco, de modo que hasta sus explosiones de ira parecen menos espontáneas que decididas. La misma disciplina espartana gobierna sus ejercicios y su dieta: a los treinta y cinco, sigue tan joven que una vez le dije en broma que si muere a los noventa años, tendrán que cortarle una pierna y mirar los anillos para ver qué edad tenía en realidad. Lo encontró gracioso..., por supuesto, ella también es divertida y graciosa, a su manera observadora y realista. Como son los abogados.

Pero vivíamos como abogados. Cada sábado nos sentábamos a desayunar juntos y poníamos al día nuestros calendarios profesional y social para las cuatro semanas siguientes.

Nuestras conversaciones eran como telegramas..., no se desperdiciaba ni una sola palabra. Para dos abogados procesales, el tiempo siempre es un problema, y nunca se tiene el suficiente.

Pero entonces surgió la pregunta: ¿para qué?

Cenas íntimas caras. Vacaciones en Fiyi. Más cenas caras con otras parejas sin hijos que superaban nuestro Fiyi con su Montenegro. Cenas de recogida de fondos para el derecho al aborto, para las mujeres maltratadas o para el candidato demócrata para lo que sea. Comparaciones de tácticas procesales: Amy estaba tan encantada con el ejercicio de sus considerables habilidades que una vez le dije que habría representado encantada a Martin Bormann. «Sólo por la causa», replicó, una ligera pulla a mi trabajo benéfico. Sus clientes más grotescos se convertían en sus niños mimados.

Y luego está eso. Yo quería niños; Amy no.

No era problema de ella, sino mío. Amy no tenía ilusiones, ni siquiera para ella misma. Que nunca quiso tener hijos era un simple hecho, y Amy nunca esquivó los hechos. Pero tal como te he sugerido a menudo, yo soy un poco romántico, y a veces todavía creo que puedo conseguir que la vida, o incluso la gente, resulte tal y como yo esperaba. Y lo que yo esperaba era un par de pequeños Pierces.

Hace un par de años me di cuenta de que era el único que oía el tictac del reloj biológico de Amy. Cuando se lo dije, ella me replicó, con un humor cínico: «¿Has visto cómo son las vidas de tus colegas después de tener un niño? Se mudan a las urbanizaciones más aburridas del mundo para tener las “mejores escuelas”; siempre planeando compartir coches, trabajos nocturnos, programas de orientación después del colegio; yendo a reuniones con profesores y obsesionados por aupar a sus hijos de siete años, unos sociópatas, hacia la Facultad de Medicina de Stanford, hasta que llega un momento en que sus únicos amigos son las demás parejas lobotomizadas cuyo único tema de conversación es “los niños...”». «Eso sería mejor que Montenegro —la interrumpí—. En algún momento durante la última cena me di cuenta de que Chris y Martha son una pérdida de tiempo mayor que la telerrealidad. —De pronto, me puse serio—: Amy —dije, lentamente, pero con claridad—, sólo amarte a ti no basta».

Ella me miró un buen rato y me respondió: «Podría ser si todavía me amases». De pronto me di cuenta de lo bien que se le da plantear los hechos.

Me hizo ver lo que pasaba en realidad y eso resultó fatal. Quizá yo no sea tan estricto como Amy, pero no me siento más inclinado que ella a mentir sobre las cosas que sé. Había dejado de amar a la Amy Riordan con la que me casé, y la vida que ella nunca se había cuestionado. Sólo la distracción de nuestro trabajo nos había permitido irnos separando con los ojos cerrados, sin ver lo que Amy veía ahora con tanta claridad con aquellos bellos ojos azules suyos... que, por una vez, estaban llenos de lágrimas.

Pierce se detuvo. Podía haber dicho muchas cosas más: que no sólo Amy y él eran distintos, sino que la diferencia entre su esposa y la mujer con la que se estaba escribiendo había ido en aumento en la imaginación de Pierce. Sabía que aquello era injusto. Había aceptado a Amy tal como era, y no era justo compararla con una mujer cuyo camino en la vida se había visto conducido no sólo por sus virtudes, sino por sus cicatrices. Tampoco podía explicar plenamente, ni a aquella mujer ni a él mismo, cuánto valoraba la conexión ininterrumpida con ella, sumido como estaba en el deterioro de su vida matrimonial. Lo mejor, concluyó, era aferrarse a aquella vida en sí misma.

27

La decisión de divorciarnos fue triste. Pero es su poca consistencia lo que me pone más triste aún ahora. Somos afortunados, nos dicen los amigos, de que no haya niños que paguen nuestro fracaso. Sin embargo, sin niños ni dinero por el cual luchar, hay demasiado poco que evite que nos separemos más y más aún, hasta que nos convirtamos de nuevo en los desconocidos que fuimos una vez. El hecho más triste es éste: cuando muera el primero de nosotros, el superviviente se enterará de ello, si es que se entera, leyendo las necrológicas del periódico.

Lo siento. Es la tristeza irlandesa que llevo en mi interior, y este día de San Patricio he cumplido los cuarenta. Como no te estás divorciando y desde luego no eres irlandesa, y sólo tienes treinta y seis años, espero que me perdones esta pequeña incursión en la morbosidad.

Después de releer este fragmento, Pierce añadió:

En realidad, la confluencia del divorcio y un cumpleaños importante puede ser la llamada de atención de Dios. Mi trabajo en La Haya, por duro que fuese, era algo de importancia fundamental: reivindicar los derechos humanos mediante la ley. Aunque dirigir el equipo de la acusación no fue fácil, creo que lo hice lo mejor que pude, y nunca dudé del valor de lo que hacía. De modo que parece que tengo algunas cosas en las que pensar y la libertad para hacerlo. Quizá, de esa manera, no resulte un regalo de cumpleaños tan malo.

Pensó que era un buen momento para terminar:

Dime cómo estás. Por lo que he leído y oído, me preocupa no tener noticias tuyas últimamente. Y todavía escribes muy bien.

Afectuosamente,

DAMON

28

Pierce envió el mensaje. Cuando miró de nuevo por la ventana, pensativo aún, el sol era como una astilla color naranja que descendía por debajo del horizonte azul grisáceo del océano. Fue a la cocina, se sirvió un vaso de Chassagne-Montrachet muy frío y se preparó la cena.

Dos horas después, al volver al ordenador, apareció un mensaje. Al abrirlo se encontró mirando la primera frase. Marissa empezaba su correo con esta frase:

Hace siete noches vi los cadáveres de tres trabajadores de la petrolera colgando de un árbol.

Al acabar de leer el mensaje de Marissa, Pierce buscó en la pantalla.

Por experiencia sabía que, desgraciadamente, la atención de los medios a los abusos de los derechos humanos era irregular, y no digamos en una remota región de África occidental cerrada a los extranjeros. La única esperanza de que hubiese noticias era la BBC, la fuente que había seguido desde que el peligro había empezado a envolver a los Okari, después de que Bobby emitiera su manifiesto.

Poco antes de las nueve de la noche encontró una breve noticia en la página web de la BBC. Un periodista había conseguido contactar con Bobby Okari por teléfono móvil. Aquel día, un poco después de las diez de la mañana, un eclipse solar oscurecería Goro; en el momento del eclipse, había insistido Bobby, tendría lugar otra manifestación, posterior al Día Asari, su desafío simbólico al edicto de Savior Karama sobre las manifestaciones nocturnas. Pierce miró su reloj y calculó la hora que sería en Luandia... Si los planetas seguían su curso, el eclipse empezaría al cabo de menos de cuatro horas.

«Maldita sea», exclamó una vocecilla en su interior. Pero lo que sentía no era ira, sino miedo. Como él sabía demasiado bien, a lo largo de su vida se había acostumbrado a no escucharla.

Desde las primeras palabras del relato, Damon Pierce miró a Marissa Brand y supo que era de ella.

Cada jueves por la noche catorce hombres y mujeres se reunían en torno a una mesa y escuchaban a Larry Banks (un novelista de mucho talento cuya plaza de profesor titular en

Berkeley le permitía escribir sin morir de hambre) leer uno de sus relatos en voz alta. Su objetivo era ocultar la identidad del autor, permitiendo así al grupo criticar sin reparos. Según estimaba Pierce, ese anonimato lo que hacía era fomentar cierta ferocidad, dando licencia a los más arrogantes para des-tripar a sus iguales. Pero Pierce, que era buen observador, a menudo conseguía adivinar la identidad del autor y, dependiendo de lo que veía, formular sus comentarios de modo que ofrecieran una dosis de misericordia.

30 Aquella noche lo que le puso sobre aviso fue la estudiada indiferencia de la mujer, desmentida por una concentración tan absoluta que permanecía completamente inmóvil. Aunque nunca habían hablado, el interés de Pierce trascendía el simple arte: la mujer, claramente mestiza, tenía una piel de un color tostado claro, y unos rasgos pequeños y perfectos, acentuados por la barbilla hendida y unos ojos oscuros que transmitían una intensidad casi abrumadora, aligerada por un toque de humor. Indiferente a su belleza, al parecer, no llevaba maquillaje ni intentaba amaestrar de manera alguna sus apretados rizos negros. Sin embargo, lo que Pierce percibía en aquella clase era lo contrario a la indiferencia: que ella intentaba con todas sus fuerzas no mostrar ningún sentimiento que revelase, según ella pensaba, a una mujer que sentía de una forma tan intensa que la asustaba.

Pero él estaba allí por la escritura. Una vez atraído su interés, escuchó el relato con tanta concentración como ella.

La forma era casi perfecta. Ella escribía con la precisión de un joyero: cada palabra elegida con precisión, cada frase bien pulida, con los ritmos variados que añadían energía y evitaban el efecto soporífero de la sucesión de frase tras frase con demasiadas subordinadas y comas. Su sencillez hizo sonreír a Pierce.

Pero la trama era más problemática: profundamente personal y, sin embargo, extrañamente abstracta. Su núcleo era la malograda relación entre un padre y una hija que sufrían una incompreensión mutua tal que estaban condenados a hurgar cada uno en las heridas del otro hasta el último aliento del hombre. La escritora lo diseccionaba con reveladores detalles: su narcisismo, su aridez emocional, su resentimiento cuando los intentos de reconciliación, fallidos, revelaban lo poco que veía a cualquier mujer salvo como espejo de su amor propio. La hija era distinta. Aunque Pierce intentó simpatizar con ella, era

menos víctima que observadora, e inspeccionaba a su padre con el escrutinio implacable de un ángel que lo registra todo. El efecto era crear más compasión por el hombre de lo que, según sospechaba Pierce, merecía su modelo en la vida real.

Los demás estudiantes no eran tampoco tontos. Cuando Banks acabó de leer, señalaron los fallos con una caridad equivalente. «Sofocante», bufó un poeta. La lesbiana canosa lo calificó de «ligero como los ejercicios de dedos de un pianista». La mujer pálida que estaba junto a Pierce etiquetó el relato como «una caja de laca sin nada en su interior». Mirando el rostro de la autora, Pierce deseó a sus críticos una vida literaria llena de cartas de rechazo y súplicas desesperadas a la prensa académica. Los ojos de ella traicionaban el dolor que sus palabras no habían mostrado.

Cuando le tocó el turno a Pierce, subrayó las virtudes del relato.

—No se puede añadir ni quitar una sola palabra —concluyó—. Y siento que conozco a un hombre a quien nunca conoceré..., la esencia de la caracterización. Los fallos de la trama se pueden arreglar. La mediocridad de un escritor, en cambio, no.

31

Cuando acabó la clase, la oscuridad había caído sobre el campus. Pierce hizo una pausa en la escalera del edificio, observando el imponente campanario cuyo chapitel perforaba el cielo oscuro. Notó una presencia junto a él.

—Gracias —dijo ella, sencillamente.

Él se volvió.

—¿Por qué?

—Por gustarte mi cuento.

Su mirada fija impedía caer en cualquier tipo de distracción.

—¿Cómo sabías que yo lo sabía?

—Porque me miraste fijamente cuando empezó, pero no mientras hablabas. Ni después tampoco.

Damon esperó que los últimos rezagados pasaran junto a ellos. Con una sonrisa, le dijo:

—Eres tan observadora como sugiere tu historia. Que me gustara ha resultado muy fácil, excepto por el hecho de que me gustaría escribir así de bien.

No tenía que haber dicho aquello: los ojos de ella reflejaron una desconfianza instantánea.

—Por favor, no —dijo, con tono ausente—. Ellos tenían razón, y tú has estado de acuerdo.

—¿Sobre los problemas? Bueno, sí, el personaje femenino está demasiado oculto. Pero, tal y como he dicho, eso se puede arreglar.

Durante un momento ella le miró a la cara.

—Quizás en los cuentos sí. «Escribe de lo que sabes», dicen.

Ese brusco giro en la conversación cogió desprevenido a Pierce. Pero como sabía muy bien, la escritura, una vez compartida, crea una intimidad curiosa; a pesar de sus obvios atractivos, tuvo la sensación de que aquella mujer podía estar muy sola.

—¿Estás oculta tú, acaso? —le preguntó.

Ella miró al suelo de cemento que había entre los dos, y al final movió levemente los hombros, encogiéndolos.

—No lo sé. No pienso en mí misma de esa manera.

Pierce decidió probar suerte.

—¿Porque no te ves así o porque no quieres pensar en eso?

Ella pareció pensarlo, y luego levantó la vista hacia él de nuevo.

32

—Las dos cosas. La gente a menudo no es quien cree ser, y mucho menos quien dice ser. Lo único que no miente son los actos.

Pierce meneó la cabeza, en desacuerdo.

—Eso nos convertiría en poco más que nervios y reflejos. Si no pensamos en lo que hacemos, y en por qué, ¿cómo cambiaremos?

Para su sorpresa, ella se echó a reír, un sonido que expresaba asombro, pero no rencor.

—¿Y tú crees que es tan fácil?

—No, fácil no es. Posible.

Ella quedó de nuevo en silencio y Pierce se dio cuenta de que la oscuridad se había cerrado en torno a ellos.

—Será mejor que me vaya —dijo ella al fin.

Pierce contuvo su decepción.

—Si has venido en coche, te acompañaré hasta allí.

Su sonrisa era ligeramente sesgada, como si esquivara una galantería trasnochada.

—Los hechos son los hechos —dijo Pierce—. La noche no es segura aquí. Y me gustaría mucho acompañarte.

Al cabo de un momento, ella hizo un gesto de indiferencia.

—Si tienes tiempo.

Y acabó de bajar las escaleras que quedaban y atravesó el césped. Pierce corrió tras ella. Aunque era menuda, se movía con la eficiencia de un galgo, cosa que para Pierce tenía un atractivo de chico. Como si de repente recordase los buenos modales, ella le preguntó:

—¿Qué haces, además de escribir?

—Soy abogado. Después de la universidad sopesé, por un lado, mis préstamos universitarios y, por otro, mi talento para la literatura, y elegí la escuela de leyes, en lugar de un máster en escritura creativa. Ahora estoy pagando mis deudas a plazos y espero no tener que ir a la cárcel. ¿Y tú?

Ella le echó una ojeada.

—Como tú, supongo..., una aspirante a escritora que decidió que lo mejor era hacer un máster de educación. Miro la lista de los *best sellers* y parece que nadie bueno escribe por dinero.

—Díselo a Philip Roth —respondió Pierce, con una sonrisa—. O, por qué no, a Stephen King.

Ella esbozó una rápida sonrisa, como si la hubiesen cogido en falso.

—Bueno, quizás es que soy una cobarde. Pero ahora ya he hecho otros planes.

A los expertos oídos de Pierce, aquella última frase sonó significativa.

—Me gustaría conocerlos. ¿Existe alguna posibilidad de que te invite a cenar?

Ella se detuvo en seco y se quedó de pie a la sombra del campanario, bajo la luz de la luna, mirando a Pierce con una sonrisa enigmática.

—Gracias —dijo—, pero tengo que ir a un sitio. Mi novio da una conferencia.

Una vez más Pierce notó un pinchazo de decepción.

—¿Sobre qué tema? —preguntó.

—África occidental... y el petróleo —Ella dudó, y luego añadió, al parecer siguiendo un impulso—: Si tienes curiosidad, ven conmigo. Cuanta más gente le oiga, mejor. La primera vez que le oí, me cambió la vida.

Negarse, le pareció a Pierce, habría segado el tenue vínculo

que tenían los dos..., especialmente dado que, al haberla invitado previamente, carecía de excusa.

—Si es así de bueno —respondió—, os invitaré a cenar a los dos.

Pierce había pensado hacer aquello como reconocimiento. En el mejor de los casos, una velada perdida. Ahora, doce años después, contemplaba con interés la página de la BBC recordando fragmentos de oraciones medio olvidadas de su niñez católica, preocupado por ellos.

Cuando llegaron las primeras luces del día, Marissa se encontraba de pie en el centro de Goro, siete días después de la escena del gran triunfo de su marido, esperando el paso del sol con mucha más aprensión de la que le había expresado a Damon Pierce.

En torno a ella, la ciudad cobraba vida. Los niños se despertaban para ir al colegio; Omo llegaba al mercado dispuesto a preparar el puesto de su madre; los pocos pescadores que quedaban iban remando con sus antiguas canoas por el mar y arrojaban las redes de pesca. Era como una instantánea de una forma de vida intemporal. Pronto, más gente saldría de sus chozas con tejado de paja y los negocios más peculiares, como el salón Dedos Felices, una peluquería, abrirían a horas extravagantes. En el frescor del amanecer reverdecía la hierba junto al arroyo contaminado, y la playa arenosa donde éste desembocaba en el océano no estaba manchada de petróleo. Pero Marissa temía que aquel día, ya marcado por la naturaleza, sería distinto de cualquier otro.

En el interior de su casa, Bobby estaba ante su escritorio, esperando noticias de sus lugartenientes en toda Asarilandia. Su padre, Femi, se asomaba a su puerta. Aquel día llevaba ropa de jefe, vestigio formal de un poder que había ido menguando a medida que su hijo crecía y la juventud se alejaba. Ahora contemplaba el sol con un recelo tan palpable como el que Marissa había decidido ocultar.

A las 10.17, con total precisión, según decían los astrónomos, un eclipse total de sol sumiría al pueblo en la oscuridad, aliviada sólo por el incesante resplandor de la llama de petróleo. Era una suerte para Bobby, o quizá fuera cosa del destino, que la natura-

leza actuara así seis días después de que el general Karama hubiese prohibido todas las reuniones nocturnas, con la excusa de los linchamientos con los que había concluido el Día Asari.

Durante dos días, Bobby había suscitado un debate entre sus subordinados por móvil y correo electrónico.

—No podemos meternos en un agujero —concluía—. Y ni siquiera Savior Karama puede detener el movimiento de los planetas.

Su plan era provocador: una manifestación masiva que se ajustase al edicto de Karama gracias a la intervención de la luna, y el desafío del pueblo asari señalado por los encendedores levantados ante la oscuridad del sol. La respuesta de Karama había sido cerrar los principales aeropuertos, acordonar Asarilandia y expulsar a todos los periodistas europeos del delta de Luandia. Sus órdenes no mencionaban el plan de Bobby: que la PGL hubiese paralizado sus operaciones simultáneamente proporcionaba a Karama, según pensaba Marissa, un pretexto suficiente para hacer lo que deseara.

Desde aquel edicto, Bobby apenas había dormido.

36

Inquieta, Marissa recorrió el suelo de arcilla fangosa y volvió a entrar en su casa. Otro día cualquiera, ésta le habría parecido entrañablemente familiar: un aparato de fax de mala calidad, un móvil que no funcionaba bien, el generador que rúnrunaba, cajas de cartón amontonadas con discursos y manifiestos, documentos repartidos por todo el escritorio de Bobby, en un desorden caótico que él no permitía que tocara nadie, el robusto pero anquilosado ventilador de techo cuyas revoluciones apenas alteraban el aire lánguido... Bobby estaba sentado de espaldas a ella. Junto a él tenía una copia definitiva de su testamento, firmada el día anterior.

Ahora estaba escribiendo su discurso a mano, tan concentrado en su tarea que no oyó llegar a su mujer. Sólo el sonido de las aspas del helicóptero hizo que se detuviera.

Marissa salió por la puerta antes que él. Suspendido encima de la fila de palmeras se encontraba un helicóptero con un logo negro: PGL. Desde detrás de ella, Bobby murmuró:

—Pensaba que se habían ido.

Marissa se volvió hacia él. Leyendo su rostro, él habló con urgencia, aunque tranquilo.

—Si me echo atrás, el movimiento se acaba. Soy el único en

quien confían, y la comunidad mundial los verá a ellos a través de lo que yo diga o haga.

—Pero ¿y tus escritos?

Bobby meneó la cabeza.

—No es lo mismo que la acción... para el mundo, y desde luego, tampoco para nuestra gente. —A esta última frase, que incluía a Marissa, siguió una sonrisa fugaz—. Por muy brillante que sea, mi prosa no puede unir a una población semianalfabeta. Por eso me eduqué, aunque sólo soy un frágil vehículo, no sólo para hablar, sino también para actuar como símbolo para ellos y para otros.

Fuera, el ruido intenso de las aspas del helicóptero fue amenorando lentamente. Marissa le tocó el brazo.

—Los demás se han ido —le respondió—. Karama los ha expulsado. Ahora ya no nos oye nadie.

La duda patente en los ojos de Bobby revelaba que él sabía muy bien aquello.

—Los asaris sí, Marissa. —Se detuvo, y las siguientes palabras que pronunció revelaron que él, como ella, no podía olvidar las matanzas de Lana ni los cadáveres colgados como amenaza—. No puedo fallarles, porque, si no, tendrían todo el derecho a lincharme.

Cuando Bobby dejó de escribir, Marissa miró por la puerta de nuevo, esperando que las mujeres del mercado la distrajeran de su ansiedad.

Observó a Omo y a su madre que tapaban su escasa oferta de piñas, anticipando lo que iba a ocurrir. Su expresión era menos animada; Marissa pensó que sus movimientos tenían todo el peso de la incertidumbre. De vez en cuando, Omo miraba al sol: la inminencia del eclipse creaba una sensación de sobrecogimiento en una gente para la cual el mundo natural tenía mucho más misterio y significado del que tenía en la niñez de Marissa. Contemplando a la joven, su favorita, apenas oyó el pitido del fax.

Un momento después, Bobby apareció a su lado mirando un fax con una expresión tan desolada que Marissa notó que se le agarrotaba la garganta.

—¿Qué pasa?

Él meneó la cabeza, incapaz de contárselo, y ella le cogió el documento de las manos.

Iba firmado por cuatro de sus lugartenientes, incluido Eric Aboh, su segundo al mando. Marissa leyó el acuerdo, más abatida tras cada frase. «En nombre del pueblo asari», los cuatro líderes se habían reunido con «representantes del Gobierno y de la PGL» y habían «resuelto amigablemente las tensiones existentes, a cambio de la celebración de conversaciones posteriores». Por tanto, instaban a los asaris a «rechazar la violencia y las provocaciones» y «permitir que todas las actividades económicas legales vuelvan a reanudarse sin entorpecimiento». Por su parte, el coronel Paul Okimbo había prometido «estabilizar Asarilandia para evitar la pérdida injustificada de vidas». Lentamente, Marissa leyó el párrafo final: «pedimos a Bobby Okari que ponga el bien de los asaris por encima de sus propias ambiciones, y que haga un llamamiento a los seguidores que le quedan para que reanuden su vida normal».

Mirándole a la cara, Bobby dijo, muy bajito:

—No mencionan cuántas monedas de plata ha costado esto —le cogió el papel de la mano—. Esto es una licencia de caza, Marissa. Karama y los petroleros me han aislado. Ahora yo sólo me llevaré las culpas de todo lo que decidan hacer.

38

Antes de que ella pudiera responder, apareció en su puerta un anciano subjefe. Dirigiéndose a Bobby formalmente, le dijo:

—Tu padre, el jefe Okari, tiene que hablar contigo.

Bobby miró a Marissa y luego al hombre.

—Con nosotros dos —respondió.

Inquieto, Pierce buscaba en Internet la descripción de un eclipse.

En mitad del día, leyó, una sombra pasa por delante del sol. Durante unos pocos momentos el cielo se convierte en el de una noche con luna; animales y aves se quedan silenciosos, y la naturaleza parece suspendida. Aunque el sol se haya desvanecido, su borde exterior sigue siendo visible, como un agujero fantasmal en torno al disco negro de la luna. Pero, aparte de eso y de las llamaradas del gas que Marissa había descrito con tanta vivacidad, Goro quedaría sumida en la oscuridad.

39

Ansioso, en busca de noticias, Pierce volvió a la web de la BBC. Un nuevo boletín informaba de un acuerdo. Durante un momento tuvo esperanzas. Luego leyó la promesa del coronel Paul Okimbo de restaurar el orden en Asarilandia, y supo, por las semanas que llevaba siguiendo el movimiento asari después de la masacre de Lana, que el peligro que corrían sus amigos se había hecho más intenso aún. En aquel momento pensó en Bobby y Marissa, que doce años antes se dirigían ciegamente hacia el día de hoy, e imaginó lo que podía haber pasado si hubiera conocido antes a Marissa.

El auditorio donde iba a hablar Bobby Okari era pequeño. Unos cuantos estudiantes blancos y negros se mezclaban con otras personas mayores de Berkeley, los hombres a menudo con cola de caballo o barba, y las mujeres sin maquillar, cuya visión del mundo, según imaginaba Pierce, la habían moldeado los años sesenta. A instancias de Marissa, ella y Pierce se sen-

taron junto al estrado, donde Bobby Okari esperaba detrás de un cadavérico profesor de relaciones internacionales que había empezado a presentarle. Después de describir a Bobby como profesor visitante de literatura y como uno de los jóvenes novelistas africanos con más talento, la voz del hombre se convirtió en un sonsonete devoto: resultaba que la verdadera misión de Bobby Okari era hablar por la gente sufriente de África occidental que llevaba mucho tiempo soportando la opresión de los neocolonialistas, traficantes de armas, buscadores de diamantes y, lo peor de todo, empresas petroleras que alimentaban la rapacidad del mundo occidental y su sed de petróleo. Inmediatamente Pierce se empezó a aburrir. El profesor le pareció un hombre cuya intervención en esos problemas se limitaba a grandilocuentes declaraciones a grupos que podrían haberlas recitado hasta en sueños. El análisis que dio más frutos fue el de Bobby Okari. Por su biografía y aspecto, Pierce le echaba diez años más que Marissa; era menudo, de ojos brillantes, y esperaba su turno para hablar con obvia impaciencia. Cuando al fin el profesor acabó su perorata, Marissa se inclinó hacia delante, llena de expectación. Pierce se preguntó qué encontraría tan cautivador Marissa en aquella diminuta figura.

Los primeros segundos no fueron prometedores. Bobby Okari parecía apenas más alto que el atril. Con una sonrisa cautivadora, se irguió brevemente sobre las puntas de los pies, acentuando así el momento de impremeditada comicidad.

—No os preocupéis si no podéis verme —le aseguró al público, con una voz retumbante—. Si podéis oírme a mí, también oiréis a mi pueblo.

Durante la media hora siguiente, Bobby Okari sedujo a su audiencia tan completamente como, a juzgar por su expresión cautivada, había seducido a Marissa Brand. Con cadencias hipnóticas, describió la paradoja que representaba que las riquezas del petróleo, en manos de los cleptócratas y las empresas petroleras, ahondasen más aún la pobreza del pueblo asari. Tampoco excluía a sus oyentes.

—Cuando ustedes usan nuestro petróleo —les dijo—, están facilitando nuestra explotación. Sin saberlo, los ayudan a que nos roben nuestra tierra, esclavicen a nuestros hijos, conviertan a nuestras chicas en prostitutas al servicio de los hombres que llenan sus tanques de gasolina. Tampoco pueden ali-

viar nuestro sufrimiento simplemente desarrollando coches más eficientes.

Esto suscitó una oleada de risas nerviosas.

—Cuando el hombre blanco vino a Luandia —continuó Bobby—, nuestra gente tenía la tierra, y el hombre blanco tenía la Biblia. Ahora los asaris tienen la Biblia y el hombre blanco tiene nuestra tierra. Igual que en tantas otras cosas, ahí se ven reflejadas las toxinas de la sociedad occidental: el racismo y la codicia.

Viendo que los labios de Marissa se curvaban en una sonrisa amarga, Pierce adivinó que, en gran parte, su respuesta era visceral, y quizás implicaba algún asunto racial.

—Si los luandeses odian a los norteamericanos —decía éste—, es porque los norteamericanos permiten que las petroleras encarnen los males que ustedes aseguran deplorar. —Se detuvo y observó a su audiencia como si mirase uno por uno cada rostro, cada corazón, y luego su voz se suavizó—. Pero no he venido aquí a insultarles.

»Muchos de ustedes fueron en tiempos soldados de la conciencia que lucharon para hacer de su país lo que asegura ser. Todos ustedes pueden serlo ahora mismo. Hoy, su imperativo moral debe ser mejorar el destino de la humanidad..., no sólo de su propio pueblo, sino del mundo entero. Incluso, me atrevería decir, de Luandia.

El público aplaudió calurosamente. Pero para Bobby Okari aquella noche era un simple ensayo para una empresa mucho más difícil que pinchar un poco las terminales nerviosas de los progresistas de Berkeley. Tocando el brazo de Marissa, murmuró:

—Me gustaría mucho conocerle.

—Tengo un objetivo modesto —le dijo Bobby a Pierce, con ironía—: iniciar un movimiento entre los asaris como el de Martin Luther King, que se extienda por todo el delta, hasta que seamos demasiado poderosos para que se nos resistan.

Estaban sentados en un restaurante tailandés en la avenida Shattuck, uno de los favoritos de Bobby y Marissa. Para Pierce, todo en Bobby desmentía aquel tono de modestia: sus ojos estaban llenos de esperanza, incluso de confianza, y su cuerpo es-

belto irradiaba una energía cinética. Con una sonrisa que mezclaba el desafío con el humor, Bobby dijo:

—Eres un escéptico, ya lo veo.

Marissa miró a Bobby y luego a Pierce.

—Es sólo un reflejo —respondió Pierce, riendo—. Soy irlandés..., estoy entre el optimismo del inmigrante y la certeza de que el mundo te va a romper el corazón.

La sonrisa de Bobby persistía.

—También eres abogado, Damon. Los abogados rechazan las falsas ilusiones y valoran los hechos. Y éstos son los hechos. Los asaris son pobres, incultos, no tienen armas y son despreciados por los muchos grupos étnicos que los superan en número. Cuando la no violencia es el único camino posible, es mejor abrazar la moral más elevada.

»Parafraseando a Robert Kennedy, hasta el más humilde de nosotros puede crear ondulaciones de esperanza y atrevimiento que, al unirse, creen una ola tan potente que acabe por abatir el muro de opresión más poderoso. Kennedy dijo eso en Sudáfrica. En el cuarto de siglo que siguió, Mandela y un puñado de presos más vencieron el *apartheid* y conquistaron la imaginación del mundo.

42

Las aspiraciones de Bobby para su pueblo no parecían más modestas que las que tenía para sí mismo. Pero aunque parecía confiado en sí mismo como líder, miraba a menudo a Marissa, como para comprobar cuál era su reacción.

—Nuestros líderes existen en un mundo propio —continuó—. Pero la PGL existe en el mundo más amplio, que se echó encima de los malhechores de las empresas en Sudáfrica. Los norteamericanos comprometidos pueden obligar a la PGL y a vuestro Gobierno a exigir algo más a nuestros líderes, algo más que petróleo. Ése ha sido mi objetivo esta noche. Quizás algún día puedas ayudarnos.

Pierce se daba cuenta de que Bobby ya le veía como posible instrumento de su voluntad. Le sorprendió que a ojos de Marissa, aquel hombre bajito pero vibrante pudiera hacer que otros hombres parecieran más pequeños que él. Mirando a Marissa y luego a Pierce, Bobby preguntó educadamente:

—¿Cómo os conocisteis?

Pierce miró a Marissa.

—Estamos en la misma clase de escritura creativa.

—Sí —afirmó Marissa, con una sonrisa educada—. A Damon incluso le gustó mi relato.

Con un tono quejoso, Bobby inquirió:

—¿El relato que yo no he leído?

Marissa se encogió de hombros.

—Uno de ellos —contestó.

Algo en aquella conversación hizo que Bobby mirase a Pierce más de cerca.

—Cuéntame más cosas de ti, Damon.

Pierce le contó, brevemente, su vida, desde la escuela parroquial de Boston hasta llegar a San Francisco, pasando por Harvard.

—Una historia clásica de irlandés-americano. Tengo más curiosidad por la tuya propia. ¿Cómo te convertiste en escritor? ¿Y en activista? ¿Cómo demonios acabaste aquí?

La risita de Bobby era tan profunda como su voz.

—Desde niño, mi padre decía que yo sabía usar las palabras condenadamente bien..., aunque muchas de ellas le desagradaban. También tenía una madre que encontraba el interés de su marido por otras mujeres mucho menos que encantador. Mi padre es jefe de nuestro pueblo; quizá como favor a sí mismo, o a ella, usó parte del dinero que le pagaba la PGL por su pasividad para enviarme a un internado inglés.

»Allí aprendí a amar la palabra escrita. El inglés es el único don que ha concedido el hombre blanco a Luandia: los británicos me enseñaron a valorar a Dickens y los principios de la libertad que ellos aprecian tanto para sí mismos, aunque no para nosotros. La embriagadora experiencia de descubrir simultáneamente el lenguaje y la hipocresía me convirtió en un polemista y, finalmente, en novelista y periodista en mi tierra natal, empeñado en sacar a la luz los escándalos que ahora veo con toda claridad. Pero pronto percibí que sólo escribiendo no transformaría Luandia. —La sonrisa de Bobby abarcó tanto a Pierce como a Marissa—. Ir de lo malo a lo peor, como diría mi padre..., y ese viaje fue lo que me trajo aquí, hace dos años. Algunos amigos dentro del Gobierno dejaron claro que mi alternativa a un año sabático en el extranjero era la cárcel. Por lo que sospecho que siguen siendo motivos poco claros, mi padre una vez más me animó a salir fuera. Al parecer, pensaba que le llevaría problemas a su puerta. —Tras una sonrisa, Bobby con-

cluyó—: Por supuesto, no hay viento tan malo que no haga algo de bien, por poco que sea. Aquí fue donde conocí a Marissa, después de una conferencia bastante parecida a ésta de hoy. El mismo discurso, de hecho.

Pierce encontró atractiva su aparente franqueza, y más aún la ligereza con la que trataba las dificultades que le habían obligado a partir.

—¿Y vas a volver? —le preguntó Damon.

—Vamos a volver —dijo Marissa.

La respuesta de ella parecía más destinada a Bobby que a Pierce. Observando a Pierce, Bobby parecía leer sus pensamientos.

—Por una vez —dijo—, me preocupa que ir a ese extraño lugar imponga a Marissa unas penas que ningún hombre puede exigir. Especialmente uno que espera, no, que anhela, consumirse en la causa de su pueblo. —Bobby dirigió a Marissa una sonrisa de soslayo—. Por no mencionar que mi padre es tanto cristiano como polígamo. Aunque yo le jure fidelidad absoluta, temo que Marissa encuentre demasiado original mi entorno familiar.

44

—No tan original —exclamó Marissa, con un tono suave pero sardónico, y Pierce recordó al padre del relato que ella había leído.

Bobby le sonrió.

—En ese asunto, como en muchos otros, sólo me debo a mí mismo.

Llegó la cena, unos platos cargados de *curry* y especias.

—Aunque no se puede reproducir la cocina de Luandia —explicó Bobby—, al menos sí se puede evocar su sabor.

Empezó a consumir sus platos, empuñando los palillos con una destreza codiciosa, movido por un apetito sorprendente, dada su delgadez.

—Bobby come por su pueblo —explicó Marissa, como si fuera una comentarista—. Quema calorías sólo con estar sentado.

Hambriento, Pierce se dedicó también a la cena. Sólo cuando el plato de Bobby quedó vacío le preguntó Pierce:

—Y en cuanto a lo de volver, ¿no te preocupa tu seguridad?

—¿Quieres decir que si es peligroso? Posiblemente. Pero se trata de mi sangre... del lugar de donde vengo, del que me preo-

cupo, sobre el que escribo. En Estados Unidos yo no sería sino un negro más con un título universitario, ornamento de alguna facultad, instruido para enseñar a jóvenes escritores en ciernes que, cuando fracasaran, se convertirían a su vez en profesores. —Bobby frunció el ceño, en la mesa—. ¿Qué sentiría cuando leyera alguna noticia escueta del *New York Times* sobre las desgracias de mi pueblo? ¿Qué sería para mis amigos sino un extraño que les envía regalos y dinero? ¿Qué tipo de vida de sombras sustituiría a la vida llena de sentido, aunque sea demasiado breve?

Esta última frase, aunque pronunciada de manera indiferente, sorprendió tanto a Pierce que se preguntó cómo se la tomaría Marissa.

—¿Y tú? —le preguntó Pierce a ella.

—Yo soy norteamericana por nacimiento —respondió ella, con calma—. Pero cuando veo a nuestros políticos en televisión, o les oigo hablar en la radio, los norteamericanos me parecen tan aislados de la realidad como si estuvieran narcotizados.

»Sin embargo, sé que los casos que atiende mi madre como asistente social son peores que nunca, y que el barrio en el que ella trabaja está más indefenso que antes. Hay otra generación entera de hombres negros en la cárcel, y los norteamericanos no tienen interés ni voluntad alguna por cambiar lo que creen de manera conveniente que es culpa de los hombres negros. En Luandia quizá pueda marcar alguna diferencia...

Bobby no hizo comentario alguno. Pero Pierce leyó un mensaje en su silencio: que la vida en Luandia sería mucho más dura de lo que ella pensaba. Quizás, intuyó, Bobby la quería demasiado para decirlo. Pensando en el relato que Bobby no había leído, se preguntó si la relación entre ambos (por mucho afecto que se tuvieran) no reposaría en esos silencios estratégicos, y si ella no se vería atraída por Bobby más por la necesidad de curar unas heridas de identidad y de familia que por la pasión. Pero lo único que dijo fue:

—Os admiro a los dos.

Y era cierto. En aquel momento, sin embargo, supo ya que Bobby y él nunca serían íntimos amigos. Los días anteriores a la siguiente clase de escritura, cuando se encontró pensando en Marissa, se dio cuenta de por qué, y comprendió que Bobby Okari ya lo sabía.

Pierce miró la luna por encima del océano; arrojaba una luz pálida en la fila de cipreses movidos por el viento que señalaban el final de la finca. Miró de nuevo el reloj. Eran las once y cuarto, y al cabo de dos horas el eclipse oscurecería el pueblo de Goro. La BBC no tenía más noticias de Bobby Okari. El único antídoto para la preocupación de Pierce eran los recuerdos.

—Siempre he sido afortunado —le había dicho a ella. Ahora deseó creer, como su padre, que aquella buena suerte pudiera transmitirse de una persona a otra.

46

Se quedaron un rato después de cenar en el Rívoli, un elegante restaurante italiano cerca del campus. Por tácito consentimiento, sus cenas posteriores a la clase se habían convertido en un ritual, facilitado por la inmersión de Bobby en la enseñanza, escritura, conferencias y en la siembra de las semillas de un movimiento en Luandia a través de incesantes conversaciones telefónicas nocturnas. Sus conversaciones, que trataban en gran medida del arte de la ficción (el suyo y el de otros) raramente eran personales, y sólo un par de veces Pierce se preguntó si Bobby estaría al tanto. Pero aquella noche Marissa parecía sentir curiosidad por su vida.

—Es cierto —le dijo Pierce—. Mi padre insiste en que nací con suerte.

La sonrisa que suscitó aquella afirmación era socarrona.
—¿Quieres decir que naciste blanco?

—Mejor aún —respondió Pierce, amistoso—. «Nacido el día de San Patricio y bendecido por un futuro presidente.» O eso pensaba mi padre.

Su padre era un buen narrador de historias. Sean Pierce había contado aquella historia tantas veces que Damon podía recitarla de memoria: «El 17 de marzo de 1968 —declamaba Sean con su acento de inmigrante irlandés—, en el hospital de Santa Margarita del barrio de Dorchester, supe que el séptimo y último de mis hijos, después de seis hermosas niñas, era un niño. Con lágrimas en los ojos, respondí: “Hace usted cantar a mi corazón, doctor Lowell”».

En aquellos tiempos, decía Sean, un padre reciente podía hacer pocas cosas, excepto celebrarlo con otros hombres. Así que después de besar a la exhausta Patrice en la frente y observar con orgullo la maravillosa mata de pelo negro del bebé, Sean se dejó llevar por una oleada de euforia. Llegó a la calle cuando el sonido metálico del reloj de un banco daba doce campanadas, señalando el mediodía. Sean caminó con brío unos tres kilómetros hasta el punto medio exacto del desfile del día de San Patricio. Entre los celebrantes, en la esquina de la calle D, algunos colorados por la excitación del whisky, Sean esperó a los manifestantes de Hibernia, las intrincadas carrozas que evocaban Irlanda en la plataforma de los camiones; los rostros familiares de los políticos locales, que siempre dirigían la marcha.

Pero él sabía que aquel día era distinto. Los vítores eran más fuertes, y allá arriba, en la calle, las multitudes se apelotonaban más de lo normal. Y entonces Sean vio a los dos príncipes irlandeses a la cabeza del desfile; aunque no los conocía, estaban entretejidos en la trama de su psique. Con cada confiado paso que daban Edward y Robert Kennedy, ambos senadores se acercaban más y más, atrayendo gritos de sorpresa y deleite por parte de los observadores. En muchos de sus hogares, un retrato de su hermano mártir Jack colgaba junto al del Papa. Y el día anterior mismo, en la sala de *caucus* del Senado, Robert Kennedy había afirmado que él también se presentaría a la presidencia.

Uno a cada lado de la calle de dos direcciones, los hermanos se iban parando a estrechar las manos a medida que pasaban, Robert en el lado más cercano a Sean. Impulsado por esa confluencia de milagros (el nacimiento de su hijo, y ahora que Robert Kennedy se dirigiera hacia él), se sintió arrastrado hacia la calle.

—¡Ve a por él, Bobby! —gritó alguien—. ¡Lyndon no te llega ni a la suela del zapato!

Riendo, Robert Kennedy buscó con la mirada al que le deseaba suerte y vio al padre de Damon, que se dirigía hacia él. Por un instante, Kennedy se quedó inmóvil, antes de ver la expresión de felicidad en los ojos de Sean Pierce. Luego se quedaron frente a frente. En aquel único momento que compartieron sobre la Tierra, Sean murmuró:

—Mi primer hijo varón ha nacido hace cuatro horas. Ambos le deseamos lo mejor.

Mirando a aquel hombre tan alto, Bobby Kennedy sonrió.

—¿Cómo se llama su chico?

—Damon. Damon Pierce.

—Un bonito nombre irlandés. Se lo agradecerá. —Bobby miró hacia la multitud, a la siguiente mano que estrechar. Luego, siguiendo un impulso, se volvió hacia Sean—. ¿Cuál es su parroquia?

—San Gregorio, en Dorchester.

48 —Es la parroquia de mi abuelo. —La voz de Kennedy se suavizó—. Recemos para que la suerte de los irlandeses bendiga a su nuevo hijo. Y le agradecería que su plegaria incluyese también un poquito de suerte para mí.

—Así será —prometió Sean. Luego el futuro presidente se fue y, en lugar de buscar un bar, Sean fue a San Gregorio a cumplir su promesa a Robert Kennedy.

—Y luego él murió —dijo Marissa a Damon—. Mi madre lloró, me dice.

Damon asintió.

—Mi padre también.

—Pero ¿seguía pensando que tú tenías suerte?

Pierce sonrió un poco.

—Se convirtió en una especie de mito. Durante un tiempo se preguntó si su oración no se habría centrado demasiado en mí, y, por tanto, le había fallado a Robert Kennedy. Pero estaba seguro de que Kennedy habría mantenido su parte del trato.

»Al final, pensó que yo me había quedado con toda la buena suerte que podían darme las plegarias de dos hombres, la mía... y también la destinada a Bobby Kennedy. Todo lo que

ha ocurrido desde entonces le convencía de que tenía razón. Para él, mi éxito en la vida era menos un logro que un regalo.

Marissa inclinó la cabeza.

—Pero ¿no tenía expectativas?

Pierce bebió de su copa de Brunello de Montalcino, la última botella que ambos compartían.

—Tienes que comprender mi mundo, Marissa. ¿Tus padres fueron a la universidad?

—Eso y más. Mi padre tiene un doctorado en Lengua Inglesa, mi madre un máster en Trabajo Social. Ya no puedo maravillarse a nadie.

Pierce observó brevemente a la menguante multitud, que formaba parte claramente del entorno enrarecido generado por el campus de Berkeley, tanto como de los pubs de Dorchester.

—Ni mi padre ni mi madre pasaron de la escuela primaria. Su mundo era un mundo limitado, y su mayor temor era que nosotros, sus hijos, nos viéramos mancillados por influencias malignas. —Un recuerdo hizo sonreír irónicamente a Damon—. De modo que se sintieron muy mortificados cuando mi hermana Meg pidió una beca para Barnard.

Marissa parecía divertida.

—¿Una escuela de chicas? ¿Qué podía tener eso de malo?

—Estaba en Nueva York, Dios nos asista. De modo que mis padres pidieron la ayuda de la madre superiora. Tal y como cuenta Meg, la hermana Agnes le advirtió con aire tétrico de que un sacerdote en Nueva York aseguraba que todas las chicas que iban a Barnard perdían la fe y la virginidad al cabo de seis meses. —Pierce sonrió—. Durante un momento de éxtasis, mi hermana se sintió electrizada por visiones de liberación sexual. Pero para nuestros padres aquello fue el colmo. La enviaron al Boston College, donde conoció al hombre con el que se casó y luego se estableció, cerca de casa. La vida era así.

Marissa se acabó el vino.

—Pero la tuya no.

—Yo era el pequeño, y era chico. Aun así, hasta que tuve ocho años todos mis amigos se apellidaban Milligan o McNamara, y el mayor acontecimiento de nuestra vida fue cuando el papa Juan Pablo dijo una misa para cien mil personas en el Boston Common. Ahora, todos menos unos pocos son bomberos o

policías, o trabajan en las empresas de construcción de sus padres y, con diversa devoción, siguen siendo católicos.

—¿Y tú no lo eres?

—Sólo cuando visito a mis padres. Como Meg, toda esa represión sexual me afectó, pero con un resultado mucho más saludable: una rebelión callada, pero muy persistente.

Marissa se llevó un dedo a los labios, y sus ojos entrecerrados mostraron una jocosa especulación.

—¿Así que ahora estás curado?

—Casi del todo. Aunque cada vez que dan la noticia de que han atrapado a algún delincuente sexual, mi primer reflejo es pensar que se trata de un católico.

Ella se echó a reír, mostrando unos dientes blancos y regulares cuya única imperfección, un ligero hueco delante, Pierce encontró encantadora.

—Sé algo de culpabilidad —dijo ella entonces—, o incluso de represión. La familia de mi padre es judía.

—Pues tienes suerte. Según he observado, los niños judíos creen que las aspiraciones no sólo son buenas, sino imperativas: debes tener educación, puedes tener éxito, aventajarás a tus padres...

—Los cuales —interrumpió Marissa— nunca creerán que has conseguido suficientes cosas.

Por el momento Pierce silenció su curiosidad.

—Quizá. Pero la voz que oíamos demasiado a menudo mis amigos y yo decía: «No apuntes demasiado alto ni vayas demasiado lejos, porque la mayor aspiración es la vida eterna». Y, por tanto, yo, como mi hermana, fui al Boston College. Luego me gradué *cum laude* y entonces me rebelé de verdad.

—¿Decidiste convertirte en Jack Kerouac?

Pierce movió negativamente la cabeza.

—Al final estaba demasiado metido en la vida práctica. Pero para horror de mis padres, decidí acudir a la Facultad de Derecho de Harvard, ese nido de ateos, en lugar de ir a la Facultad de Derecho de Boston con la beca que ellos me ofrecían.

—¿Y cómo lo conseguiste?

—Con suerte, desde luego. La oficina de ayuda financiera de Harvard no bastaba para pagar mis cursos. De modo que me recomendaron un libro con el título desalentador de *Becas restringidas*. Nada que hacer: las restricciones estaban indicadas

para «letones-americanos», o «graduados de Yale». —Pierce sonrió—. Entonces, en la penúltima página, encontré el Legado William Stoughton.

»Esa fundación databa de 1750. Stoughton fue, según recuerdo, un gobernador colonial de Massachusetts. La única condición que ponía era que el receptor de su generosidad tenía que proceder de Dorchester...

—Como si lo hubieran hecho para ti.

Pierce se echó a reír.

—Stoughton era un *WASP*, blanco, anglosajón y protestante, total. A juzgar por el cuadro al óleo que vi después, lo último que habría imaginado era que otorgaría poder a las hordas irlandesas. Pero en 1750 no había ningún irlandés viviendo en Dorchester. De modo que William Stoughton se convirtió en mi benefactor. Hasta mi padre vio la ironía de la situación. Y la buena suerte que suponía, claro.

Marissa le dirigió una mirada aguda.

—¿Y todavía te sientes afortunado?

—Sí —respondió él, muy serio—. No doy nada por sentado..., y menos que nada, a pesar de sus defectos, este país. Si mi padre no hubiese venido a Estados Unidos, Dios sabe quién sería yo.

Marissa frunció el ceño y luego se encogió de hombros despectivamente.

—Probablemente la diferencia es que tus antepasados vinieron voluntariamente. Y los de mi padre también. Pero los de mi madre no.

Algo en su tono parecía indicar que el tema estaba cerrado..., quizá por su complejidad, como sugería el relato que había escrito, que implicaba mucho más que la raza. Pierce decidió dejar las cosas así. Sólo después percibió que aquella precaución era una forma de afecto y que él no quería perder a una mujer a la que ni siquiera tenía.

El jefe Femi Okari esperaba a Bobby y a Marissa en la habitación principal de su hogar. Para los parámetros del pueblo era suntuoso, con alfombras que cubrían el suelo y tapices colgados en el muro tras él, representando al jefe con su traje ceremonial. Él estaba sentado en su sillón tallado y ornamentado, con su vara de mando en la mano; sus ropajes y su tocado con adornos de oro reflejaban los que se veían en el retrato. Su rostro tenía un aspecto sombrío, hablaba en voz baja.

52 —Una palabra —le dijo a Bobby— antes de que llegue la oscuridad.

Bobby dudó, pero luego asintió con la cabeza. El breve gesto habló a Marissa del profundo conflicto que existía entre ellos, sus años de alejamiento, y la profunda deferencia del joven por el viejo, del hijo por el padre.

—He tenido noticias de Eric Aboh —dijo el jefe—. Deja tus planes para otro día.

—Así que formas parte de esto —estalló Bobby, con una rabia tan intensa que Marissa dio un respingo—. Conspiras con Eric y los demás para traicionarme.

—¿Traicionarte? —preguntó su padre, con un tono de incredulidad—. Estamos asustados, como cualquier hombre razonable. Dime, ¿crees que la oferta de «protección» de Okimbo hace que Aboh se sienta seguro? Eric comprende muy bien lo que eso puede significar, y tú también. —Su voz bajó de tono de nuevo—. Todavía soy el jefe de este pueblo. Si le pido a mi gente que se disperse, lo hará.

Bobby esbozó una sonrisa despectiva.

—¿Ah, sí, lo harán? Han pasado treinta años desde que te convertiste en jefe, casi el mismo tiempo desde que cogiste el

dinero de la PGL y permitiste que «tu» pueblo, para sobrevivir, rebuscara en el basurero en el que les habías dejado. Especialmente, nuestros jóvenes. —Su padre se irguió, ofendido, y Bobby continuó—: Tomemos por ejemplo a la favorita de Marissa. El año que viene Omo puede ser prostituta en Waro; dentro de cinco años, quizá haya muerto de sida. Pero tú todavía serás el «jefe de este pueblo».

»¿Conoce «tu» pueblo la preciosa casa que tienes en Port George, las mujeres jóvenes que mantienes allí con el dinero que te da la PGL para «compensarles» por la ruina de su tierra? Si lo saben, no será porque yo se lo haya dicho. A pesar de todo soy un buen hijo.

Su padre le escrutó con los ojos cansados.

—Así que todo esto aún es por tu madre.

Mirándolos, Marissa deseó poder apartarse. La mirada de Bobby expresaba sólo lástima y desdén.

—Cuánto peso das, padre, al más insignificante de tus pecados.

Femi Okari miró a su único hijo con el rostro abatido por el arrepentimiento. Luego se puso de pie, y abandonando toda ceremonia puso una mano en el hombro de Bobby y le miró a la cara.

—He cometido errores. Son muy dolorosos. No deseo que tú cometas un error más doloroso que perder a un hijo, a costa de la vida de muchas más personas. Por favor, hazme caso.

Bobby le miró a los ojos. Luego, con el rostro hermético, meneó la cabeza lentamente.

—Demasiado tarde, padre. Para los dos.

Sin esperar la respuesta de su padre, Bobby se fue. Mirando por encima del hombro, Marissa vio que Femi Okari también sacudía la cabeza.

En el centro de Goro, los habitantes del pueblo se habían reunido con el ánimo ensombrecido por el temor a Karama y por el paso de la luna, cuyo borde parecía ya tocar el sol. Cuando Bobby se desplazó hacia ellos, sonó su móvil.

Respondió rápidamente, con los ojos fijos en Marissa mientras escuchaba. Los cerró brevemente. Antes de colgar, Bobby dijo en voz baja:

—Cuídate.

Una vez más, su mirada se encontró con la de Marissa.

—Era Atiku —dijo—. En Ebu la manifestación ha fracasado. En la mayoría de los pueblos, la gente tiene miedo de salir de casa. Se comenta que nuestros jóvenes lincharon a esos trabajadores siguiendo órdenes mías.

—¿Es posible eso? —preguntó Marissa—. No por orden tuya, claro, sino a pesar de tus órdenes...

Bobby miró al suelo con los ojos entrecerrados.

—Muchos de nuestros jóvenes están llenos de odio. Es como si la violencia estuviera en el agua que no podemos beber y en el aire que nos quema los pulmones. —Se acercó a ella y le puso las manos en los hombros—. Estamos solos del todo, Marissa. Esos rumores sobre mí forman parte del asunto.

Mirándole a la cara, Marissa buscó una forma de pedirle que dispersara a la multitud.

—Piensa en lo que has hecho ya. Has dado identidad y objetivos a los asaris.

Bobby sonrió débilmente.

—¿Y ahora debo parar?

—No, parar no. Hacer una pausa.

54

Él hizo un gesto con la cabeza señalando la reunión.

—Dentro de diez minutos, el eclipse estará encima de nosotros; otros diez minutos más y los mandaré a sus casas. Pero ahora no es momento para que demuestre miedo. Por favor, Marissa, no hagas que me asuste.

Él le mantuvo la mirada durante un momento más. Luego, sacó un encendedor de su bolsillo e intentó encenderlo una vez, dos veces. Al ver que no funcionaba, sacó otro. Cuando se encendió la llama, Bobby rio bajito.

—Hay que estar preparado siempre —dijo. Se irguió por completo y caminó hacia la multitud, a la sombra creciente del eclipse.